

## «LA PELEA», EL INICIO DE UNA NUEVA COLECCIÓN DE ZAKARIYYĀ TĀMIR

Mercedes Aragón Huerta

No quiero comenzar este artículo sin antes dedicarle unas cuantas líneas a la profesora M<sup>a</sup> Eugenia Gálvez y al grato recuerdo que conservo de aquellas clases de doctorado que con suma dedicación nos impartía sábado tras sábado; clases que, lejos de ser magistrales, se tornaban en algo más provechoso: en un foro de lecturas, traducciones, comentarios, debates... sobre distintas parcelas de la literatura árabe moderna, que nos enriqueció como estudiantes, pero también como personas.

Tras su exilio forzoso (1981), el escritor sirio Zakariyyā Tāmir (n. 1931), afincado en Gran Bretaña, ha vuelto a publicar numerosos cuentos, agrupados en varias colecciones. A las ya conocidas y publicadas mientras residía en su país natal<sup>1</sup>, se suman otras tres, publicadas por su nueva casa editorial, Riad el-Rayyes Books: *La llamada de Noé* (*Nidā' Nūh*, 1994); *Reiremos* (*Sa-nadḥak*, 1998) y la más reciente, publicada en febrero del año en curso, *Las uvas agraces* (*al-Ḥiṣrim*, 2000).

Adelantándose a su publicación, Ibrahim Muhawi<sup>2</sup> traduce en lengua inglesa siete cuentos de *Las uvas agraces* ("Night Singer"<sup>3</sup>, "Grey Day"<sup>4</sup>, "Round One"<sup>5</sup>, "Day and Night"<sup>6</sup>, "Silent Ones"<sup>7</sup>, "Another Home"<sup>8</sup> y "Smash-up"<sup>9</sup>), haciéndose eco del peculiar ritmo narrativo "tāmiriano", de la lucidez de su estilo y de la complejidad de su tono satírico.

---

<sup>1</sup> *El relincho del caballo blanco* (*Ṣaḥīl al-ŷawād al-abyaḍ*, 1960); *Primavera en las cenizas* (*Rabī' fīl-ramād*, 1963); *El trueno* (*al-Ra'd*, 1970); *Damasco de los incendios* (*Dimašq al-ḥarā'iq*, 1973), y *Los tigres al décimo día* (*al-Numūr fī l-yawm al-`āšir*, 1979).

<sup>2</sup> Zakariyyā TĀMIR. "Seven Short Stories". Tr. Ibrahim Muhawi. *Banipal*, 6 (otoño, 1999) 8-11.

<sup>3</sup> "El cantante de la noche" ("*Mugannī l-layl*", págs. 25-28).

<sup>4</sup> "Un día gris" ("*Yawm ašhab*", págs. 29-30).

<sup>5</sup> "El primer recorrido" ("*al-Ŷawla al-ūlā*", págs. 37-38).

<sup>6</sup> "Día y noche" ("*Nahār wa-layl*", págs. 39-43).

<sup>7</sup> "Los que callan" ("*Ṣāmitūn*", pág. 75).

<sup>8</sup> "Otra casa" ("*Bayt ājar*", pág. 95).

<sup>9</sup> "Las ruinas" ("*al-Ḥuṭām*", págs. 113-114).

Queremos ofrecer aquí la traducción del árabe al español del primer cuento, titulado "La pelea" ("*al-Muhāraša*", págs. 13-18), de los cincuenta y nueve que componen esta última colección, traducción que pretende ser fiel reflejo de este estilo particular, sencillo pero complejo a un mismo tiempo, de Zakariyyā Tāmir.

## "LA PELEA"

("al-Muhāraša", págs. 13-18)

"El barrio de Quwayq<sup>10</sup> se hizo famoso entre los otros barrios por sus ricos, que matarían a sus madres si el asesinato les garantizara la obtención de un incremento del capital. Se hizo famoso por sus niños pendencieros, que se sentaban en los cafés y fumaban narguiles, asaltaban los otros barrios sin dejar un solo cristal de ventana sin apedrear, y ningún vendendor de verduras ambulante osaba entrar en el barrio, porque saldría portando el resto de sus verduras sobre su propia espalda, y no a lomos de su burro; y, si hubieran aprendido las lecciones del colegio como los insultos obscenos, habrían sido los mejores estudiantes del mundo entero.

El barrio de Quwayq se hizo famoso por sus hombres rudos que aceptaban las peleas sangrientas y la entrada en prisión; gentes como Jiḍr °Alwan, que se cortó la oreja izquierda en el tribunal delante del juez y se la comió con deleite, como Ŷāsīm al-Qazzāz, que robaba el alcohol de los ojos, o como Maḥmūd al-Ŷisr, que tenía un alfanje que se quejaba cansado de tantos cuerpos como había apuñalado.

El barrio de Quwayq se hizo también famoso por sus mujeres atrevidas, descaradas, malhumoradas e impertinentes, cuyo recato se había dado a la fuga hacía muchos años y ya no les había vuelto nunca más. Pero Umm °Alī era la más famosa, a pesar de ser una anciana y una simple viuda pobre. Su marido murió dejándole una hija que creció y se convirtió en la joven más hermosa del barrio y a la que todos los solteros deseaban, pero con la que no se atrevían a casarse con tal que su suegra no fuera Umm °Alī, que, si hubiera sido un hombre, no habría salido jamás de las cárceles.

Cierto mediodía Umm °Alī caminaba por el zoco del barrio Quwayq con el semblante ceñudo, la cabeza altiva y a rápidas zancadas, impropias de su edad. Abū Sālim, el barbero, salió de su tienda y la siguió, caminando deprisa, llamándola con voz jadeante:

- ¡Hermana Umm °Alī!

---

<sup>10</sup> El nombre del barrio hace referencia al topónimo de un río estacional sirio, al-Quwayq, de 110 Km., que nace en Turquía y pasa por Alepo y que en verano se seca.

Umm °Alī dejó de repente de andar, al oír su voz. Se volvió hacia él, como si un alacrán le hubiera mordido, y le dijo furiosa:

- ¿No te da vergüenza hablarle a una mujer que no conoces? ¿Quién ha dicho que yo soy tu hermana y tú, mi hermano? A nadie como yo le honra tener un hermano barbero como tú.

- ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios! -dijo Abū Salīm-. Permíteme que te diga algo...

- No te canses -le interrumpió con tono sarcástico-. Quédate tranquilo... Sólo me afeitaré en tu tienda, cuando me crezca el pelo en la barbilla.

- Hoy por la mañana -dijo Abū Salīm- he ido a la casa de Naʿīb, el bey al-Baqqār, para afeitarle.

- ¡Que te aproveche este elevado honor! -comentó Umm °Alī, arrugando el rostro con repulsión.

- El bey -continuó Abū Salīm- habló conmigo y me rogó que te hiciera llegar su deseo de verte para un asunto indispensable.

- ¿Al-Baqqār, al-Baqqār? ¿No es ese que está borracho día y noche?

- No somos su madre -contestó Abū Salīm, intentando reprimir su ira-. Él tiene un Señor que le pedirá cuentas en la otra vida.

- ¿Y qué quiere de mí su excelencia, el bey?

- ¡Por Dios, que no lo sé! Yo te transmito lo que me dijo exactamente. El mensajero debe tan sólo informar.

Y Abū Salīm se dio prisa en volver a su tienda. Umm °Alī reanudó su marcha apresurada, preguntándose qué querría de ella Naʿīb al-Baqqār, el hombre más rico de su barrio. Al pasar cerca de la enorme entrada de su casa, se agudizó su curiosidad y se encontró llamando a la puerta e informando de que el bey la buscaba a una criada que le abrió. La criada la hizo pasar a la habitación de las visitas y se fue enseguida. Apenas transcurridos unos minutos, Naʿīb al-Baqqār entró en la habitación de las visitas dando la bienvenida a Umm °Alī, como si fuera una amiga de la infancia con la que hubiera compartido sus juegos, y le rogó que tomara asiento. Él se sentó enfrente y le preguntó con interés por su salud y la de su hija.

- Escucha -le dijo Umm °Alī precipitadamente-. No tengo tiempo para chasquear el paladar vacío. Di lo que te pasa en pocas palabras, sin rodeos ni vueltas.

- Sé que eres una mujer pobre y necesitada -dijo Naʿīb al-Baqqār con lentitud, como si sopesara sus palabras una a una.

- No he venido a tu casa para mendigar...

Naʿīb al-Baqqār la interrumpió diciendo con tono desaprobador:

- ¡No permita Dios! ¡Dios te libre!

- ¿Qué quieres de mí? -dijo Umm °Alī impaciente.

- ¿Conoces a Jiḍr °Alwan ?

- ¿Quién no le conoce? Le conozco a él y a toda la gente del barrio que teme su maldad y le evita. Pero a mí no me da miedo. No me gusta y no soporto su porte grosero.

La alegría afloró en el rostro de Naḡīb al-Baqqār.

- En eso estamos de acuerdo -le dijo a Umm °Alī con tono festivo-. Como tú, no soporto la tierra sobre la que camina este tambor arrogante. Deseo verle, una sola vez antes de morirme, en medio del barrio humillado e insultado, y nadie más que tú en el barrio sirve para esta misión. Te daré todo lo que me pidas.

Y sacó la mano del bolsillo, que sujetaba un fajo de billetes, y se lo ofreció a Umm °Alī.

- No, no -rehusó-. Yo estoy dispuesta a injuriar a Jiḍr °Alwan gratis.

Naḡīb al-Baqqār se rió.

- Me admira tu respuesta -le dijo Naḡīb al-Baqqār a Umm °Alī-. Se aumentará la recompensa.

Añadió al fajo de billetes otro fajo y se lo ofreció a Umm °Alī diciendo:

- Ten por seguro que me vas a hacer un servicio que no olvidaré en la vida.

Umm °Alī metió los billetes en su bolso, y Naḡīb al-Baqqār le preguntó:

- ¿Qué vas a comprar, té o café?

- No tengo tiempo para palabrerías -respondió Umm °Alī.

Y sucedió lo que él tenía planeado: Umm °Alī se encontró cara a cara con Jiḍr °Alwan en el zoco del barrio, abarrotado de gente. Ella le provocó burlándose, y él le dijo con preponderancia y desprecio:

- Ve por tu camino, mujer.

Inmediatamente Umm °Alī abrió las puertas del infierno y le lanzó su fuego y su viento abrasador<sup>11</sup>. Él permaneció frente a ella furioso, perplejo, incapaz de tener valor para hacer algo, porque no era correcto, para un hombre como él, pegarle a una mujer; y se tragó los insultos dirigidos a él y a su familia, a su pasado, su presente y su futuro, silencioso, con el rostro azul, cabizbajo, sin articular una sola palabra. Entonces la gente del barrio presagió que algún desconocido quemaría cualquier noche la casa de Umm °Alī; pero su casa permaneció intacta. Presagiaron que su joven y hermosa hija sería raptada y violada y que regresaría varios días después mancillada; pero la hija siguió como de costumbre, deambulando por el barrio con la esbeltez de una gacela. Presagiaron que Umm °Alī correría el riesgo de un enigmático

---

<sup>11</sup> En el texto, *samān* ("simún").

accidente que le produciría la muerte; pero Umm °Alī continuó en perfecto estado de salud, alzándose su voz bien alta por todo el barrio, repitiendo lo más florido de sus furiosos insultos.

Umm °Alī se empeñaba en disimular la aflicción que la oprimía, debido a que no había tenido ningún hijo varón. Quería tanto a Sulaymān, el hijo de su hermana, un joven dulce y en la flor de la vida, que sentía que, si hubiera tenido un hijo, le habría amado menos de lo que quería a Sulaymān, y no soportaba pasar un día sin ver a Sulaymān, que se había acostumbrado a visitarla cada tarde en respuesta a sus insistentes llamadas. Una tarde vino, como de costumbre, y pasó con ella unas horas. Al final de la velada, ella se despidió de él y se quedó tras la ventana de arriba, que daba al barrio, siguiéndole con miradas compasivas. Entonces vio en la oscuridad la silueta de un hombre, parecido a Jidr °Alwan, que atacaba a Sulaymān con un alfanje, asestándole ininterrumpidamente puñaladas, mientras Sulaymān gritaba a cada puñalada con voz llorosa y suplicante:

- ¡Por favor, señor! ¡Por favor!

Sin embargo, el alfanje no prestó atención a la sangre derramada ni a su voz implorante y continuó apuñalando con una creciente crueldad. Umm °Alī respiró con dificultad, como si sus pulmones buscaran un aire inexistente. Por primera vez en su vida conoció la nieve del terror. Quiso llorar, gritar, vociferar; mas su voz se ahogó y desapareció. Y se desplomó en el suelo, como si fuera un vaso de cristal que, al chocar contra un suelo duro, se hubiera roto y esparcido en añicos. En el hospital le prohibieron ver el cadáver de Sulaymān y le dijeron que su cuerpo apuñalado era como un colador con muchos agujeros. Jidr °Alwan afirmó a la policía que en el momento del crimen él compartía la velada con más de veinte hombres. Todos atestiguaron que estuvo sentado sin separarse de ellos ni un solo instante. Naýīb al-Baqqār ofreció una cena a la que fueron invitados más de cincuenta hombres para celebrar la salvación de Jidr °Alwan de una acusación injusta que le habría llevado a la soga del patíbulo o a permanecer en la cárcel el resto de su vida. Umm °Alī fue al entierro de Sulaymān vestida de luto, resuelta a no quitárselo. Vio cómo el sepulturero llevaba el cadáver de Sulaymān, envuelto en su sudario y lo sepultaba en la oscura fosa de la tumba, y fue incapaz de derramar una sola lágrima. Se convirtió en una masa flácida de carne que no paraba de gemir con estertores; que caminaba por el barrio de Quwayq con la mirada perdida, tambaleante, con la espalda encorvada y la cabeza oscilándole entre los hombros, sin preocuparse de los ojos que se alegraban del mal ajeno; que visitaba cada día el cementerio, y que se sentaba largas horas entre las tumbas, escuchando asombrada y maravillada las misteriosas voces que sólo ella oía, y sus gemidos se acrecentaban.

Lo que le sucedió a Umm °Alī liberó a su barrio del miedo que le profesaba, y se multiplicó el número de aspirantes a casarse con su hija”.

